

El 7 de noviembre de 1917, en medio del total colapso político, económico y militar del antiguo régimen, los bolcheviques tomaban el poder en Rusia. El 'poder soviético' debió enfrentar el bloqueo y la guerra civil. Y sus años de formación quedaron marcados por la derrota de la revolución en Alemania; por el hecho, vivido como profundamente anómalo, de que el proletariado alemán faltó a su cita con la historia, y optó por el gradualismo y las reformas al interior del capitalismo.

Para los fundadores del socialismo marxista, sólo la base material y espiritual del capitalismo desarrollado habría de posibilitar el tránsito hacia una sociedad sin clases. Sus herederos bolcheviques se encontraron, en cambio, con un imperio euroasiático sumido en el atraso. Esos años, cuando las ideas fueron expuestas a la dura prueba de la realidad, dejarán una profunda huella en la empresa del bien llamado 'socialismo real'. Por entonces surge y se consolida la tesis del 'socialismo en un sólo país', la naciente URSS, con el consiguiente e irrecuperable quiebre con el 'marxismo occidental'. En ella, la democracia de los soviets deja paso a la férrea dictadura de una burocracia ('Pocos pero buenos': así se titula el último artículo de prensa escrito por Lenin antes de morir); ésta, a la hora de lanzar un necesario proceso de industrialización, no tendrá contemplaciones: la 'política de industrialización acelerada' arrollará cualquier obstáculo que se interponga.

No obstante estas dificultades, durante gran parte de siglo XX la Revolución Bolchevique se presentó como el evento que había partido la historia en dos: un antes y un después de los legendarios 'diez días que conmovieron al mundo'. Ya en la década de 1930, los éxitos de la Revolución se habían tornado imposibles de ignorar. El socialismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas parecía haber resuelto de manera inédita el problema de las nacionalidades, de modo que los nacionalismos de las naciones periféricas podían ver en ella su aliado natural. Asimismo, un pueblo hasta entonces inculto se educaba, accedía a velocidad inusitada a la cultura y a las profesiones; en 1937, el Centenario de Pushkin fue celebrado por multitudes en toda la Unión; la evidencia de un pueblo que accedía masivamente al libro, a la radio y al cine despertaba la admiración y la adhesión de intelectuales y artistas del mundo entero, predisponiéndolos a pasar por alto los juicios en los cuales, por los mismos años, la vieja guardia del Partido Bolchevique empezaba a ser sistemáticamente liquidada. Por esos años la URSS emergía también como potencia tecno-científica, industrial y militar; poco después desempeñaría un rol decisivo en la derrota de la Alemania Nazi y en la posterior repartición del mundo entre las potencias triunfantes.

Tal repartición hizo posible la emergencia de un campo socialista que abarcó buena parte de Europa. Éste, no obstante la Guerra Fría y el equilibrio de terror impuesto por las armas nucleares, se expandió hacia el Asia, hacia África y América Latina, de modo que, a pesar de la división del campo socialista entre Moscú y China, ya a comienzos de los años 1970, el sueño de la revolución mundial parecía a punto de cumplirse.

No obstante, en este momento cúspide, las fortalezas parecen haberse tornado en debilidades. La centralización del poder político había derivado en una gerontocracia anquilosada; la ‘economía ‘centralmente planificada’, en un cepo que ahogaba la iniciativa y la innovación, e incentivaba perversamente la ineficiencia planificada. El marxismo leninismo, suerte de religión de estado capaz de conferir a la vida un sentido trascendente, del que la vida moderna carece, no pudo tampoco sustraerse a ese destino: así, ese sentido, que cada monumento parecía transmitir a los hombres nuevos soviéticos, terminó por no valer más que la piedra y el acero del que aquéllos estaban contruidos. Finalmente, el Muro de Berlín cae, sin que nadie dispare un tiro en defensa del tipo de sociedad que pretendía proteger.

Al ‘socialismo real’ se le dedicaban himnos y odas; de ahí en adelante, ya nadie le canta; se lo tiende a ver como una grotesca deformación de ideas puras y humanitarias, y a lo más despierta una nostalgia a la moda. Mientras tanto, el desarrollo tecnológico que el capitalismo ha sido capaz de propiciar ha hecho posible la expansión e intensificación de su lógica, que ahora alcanza prácticamente a todo el planeta y penetra en la intimidad de cada individuo. Las crisis que periódicamente experimenta este sistema global hacen surgir, por cierto, movimientos contestatarios y búsqueda de alternativas: la ‘idea comunista’ parece resurgir. No obstante, ¿puede tal resurgimiento ser efectivo —evitar ser algo más que una provocación, que finalmente los medios masivos acogen con avidez— si se omite una reflexión profunda en torno a la experiencia de un comunismo que, durante décadas, se atrevió a enfrentar la prueba de la realidad?

Sea cual sea la respuesta a esta interrogante, lo cierto es que la indagación en torno a la herencia de la Revolución Bolchevique, además de la relevancia que por sí misma tiene para la conciencia histórica, es fundamental para entender también nuestro tiempo, sus perspectivas y desafíos. La Universidad Diego Portales, como comunidad del saber abierta a las interrogantes de nuestro tiempo, expresa mediante esta Conferencia su compromiso con el pensamiento, en su dimensión más profunda y a la vez más concreta.